

Pequeña antología de Manuel Terrín Benavides

TE QUIERO

como una soledad vacilante en el pecho,
como aurora que enciende cada día
los ojos de la tierra,
más allá de los labios que degenera el tiempo.

Tú me bañas,
ordenas el hilo de Ariadna
en el laberinto
de las ciudades caóticas. Tú inventas los jardines
donde se pisa el zumo de la existencia,
de espaldas a ese cielo
que tanto empequeñece.

Hoy ya sé que la luz
se genera en la orilla de tu aroma fecundo,
en tu corazón que saborea círculos de urgencia.
Hoy rompe el viento púrpura dormida
y alabo esa mirada diferente
que mi vida completa.

AMAR eternamente

como el amarillo que inventa un nuevo día
después de la borrasca, como la luna muerde
el polvo de los poetas olvidados.

Lo mismo que una carne
pegada a su verdugo.

Amar mejillas rojas que rompen cada día
el equilibrio de las alamedas,
retinas como cántaros de luz,
sedientas oquedades, relámpago glorioso
que revienta la noche
para alumbrar, muchacha celebrada,
la caridad dormida en las rodillas.

Amar como equilibrio de la vida.

Y ocultar bajo el ala
fugaz de la hermosura
el temblor que penetra por los labios,
cabellos ascendentes donde anida el deseo,
las lágrimas vertidas
por todos los amantes descolgados del tiempo.

Ante mi carnet de identidad

Soy semilla del pueblo, hijo de obrero
que un día, tras la amnesia del viaje,
puso su vida aquí con equipaje
de silencio y decoro jornalero.

Hombre cualquiera, por cualquier sendero
que ordena cada noche su ropaje
y se presenta de escudero o paje
ante el dios de la vida. Yo no espero
cambiar de condición. Humilde he sido
y cuando ya me archiven, reducido
a ficha en el cajón de una oficina,
habrá muerto un obrero solamente,
un apóstol, un hombre consecuente
que supo digerir su disciplina.

Cruz de los poetas

Nuestra vida, es, hermano, una botella
y un vaso con el vino del fracaso.
Cierta tarde al brindar se rompe el vaso
y se tuerce el camino de una estrella.

Mientras vas caminando hacia el ocaso
pájaros blancos, desde cada huella,
saltan al sol. La historia se atropella
con la luz retenida de tu paso.

Siento latir la flor de la poesía
dentro del corazón de las cuartillas.
¡Oh cruz de los poetas! Una fría
noche, cuando respira las gavillas,
vamos cantando y nos sorprende el día
con el alma sentada en las rodillas.

(De *Ojos llenos de flores*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2003)